

Hollywood como utopía fugaz

Por Jordi Costa

NARRATIVA. LOS ASESINATOS del clan Manson en agosto de 1969 marcaron el fin de una época. En *Vicio propio*, Thomas Pynchon veía el caso Tate/LaBianca como la estocada a la contracultura americana, un suceso traumático que demonizó a la comunidad hippy e inauguró una era marcada por el control y la paranoia. Descendiente espiritual del autor de



Zeroville
Steve Erickson
Traducción de José Luis Amores
Páido Fuego
Málaga, 2015
332 páginas
22,90 euros

El arco iris de la gravedad, Steve Erickson propone una variante en su absorbente *Zeroville*: el suceso también sirvió de bisagra entre la muerte del Hollywood clásico y la emergencia de la efímera utopía (contracultural) del nuevo Hollywood. Escritor y estudiante de cine, Erickson, con una única novela publicada en España antes que esta —*Las vueltas del reloj negro* (Versal, 1990)—, filtra su relato a través de la mirada obsesiva del "cineasta" Vikar. Dividida en 454 fragmentos, *Zeroville* es en parte *roman à clef* y en parte subjetivo viaje paranoico-crítico al corazón de las tinieblas. Por sus páginas desfilan desde contrafiguras de John Milius y Robert De Niro hasta unos improbables soldados de Viridiana que, en un desvío narrativo hacia tierras españolas, intentan representar la muerte del caudillo convencidos de que el símbolo se impondrá sobre la realidad. Una retorcida comicidad se alía con un melancólico lirismo para explorar una paradoja fascinante: el cuestionamiento del cine como ceremonia de disfrute colectivo y su celebración como viaje individual en dirección a inquietantes verdades esenciales. •

Mucho más que terror

La argentina Enríquez explota el género como extrañeza cotidiana y desvío de la norma. Su prosa es condensada, de frialdad sugerente y apoyada en la contundencia del idioma

Por Carlos Pardo

NARRATIVA. ¿QUÉ ENTENDEMOS POR UN escritor "de género"? Por ejemplo, si dijéramos que Mariana Enríquez es una escritora de "terror", aunque una muy buena como Shirley Jackson, con la que se la compara, *Las cosas que perdimos en el fuego* parecería valioso por la truculencia de sus tramas: niños que se arrancan las uñas o se afilan los dientes, ritos oscuros, casas encantadas. Y si consideráramos que el terror es una excusa para explorar otras cuestiones como la culpa, la sugestión, las relaciones de clase y de pareja, el patriarcado o la historia nacional (que la escritora trabaja con maestría), también estaríamos simplificando y eludiendo lo más evidente. Es el terror, pero no como género literario, sino como extrañeza cotidiana y desvío de la norma, el motor de su obra.

Nacida en Buenos Aires en 1973 y autora de dos novelas, varios libros de relatos y una biografía vindicadora de Silvina Ocampo (*La hermana menor*, Universidad Diego Portales, 2014), Enríquez goza de un reconocimiento merecido en la nueva literatura latinoamericana. Los motivos son evidentes en los 12 cuentos de *Las cosas que perdimos en el fuego*, su primera publicación en España. Por la coherencia de sus espacios: entornos empobrecidos, basureros o barrios desprestigiados antes de la gentrificación, una personalísima geografía de suburbios y provincias con viejas casonas que filtran la historia

nacional borrada, "el lado oscuro de la orgullosa Argentina".

También por la persistencia de unos personajes: parejas a punto de romper, niños problemáticos, mujeres aisladas,

no se levantó. También es perezoso y se está poniendo gordo. No me gustan los gordos". ¿Qué debemos temer, a la calavera, al novio gordo o la virulencia indisoluble de la narradora?

A pesar de su insolencia e independencia (otros modos de llamar a la soledad), los personajes de Mariana Enríquez sucumben al entorno por empatía, sensación de culpa de clase y compasión. Podríamos encontrar una clave de estos relatos en la idea del observador sugestionado. Lo terrorífico ocurre a cierta distancia de quien narra, a la vista, lo padece un personaje secundario. Lo terrorífico es verosímil como desigualdad social. Pero la permeabilidad con lo que ve termina transformando al narrador, desmontando su objetividad.

La escritura de Mariana Enríquez posee otras cualidades, como la condensación y una sugerente frialdad. Es decir, una prosa ajena a los talleres literarios, con el peso específico del idioma, confiada en que la literatura no se hace con señales al lector ni gestos grandilocuentes.

Por eso es difícil destacar un relato. Ni el que da título al conjunto, recuperado de su anterior libro publicado en Argentina: las mujeres comienzan a prenderse fuego "controlado" para romper una epidemia de crímenes machistas. Ni "El patio del vecino": una asistente social despedida por desatender a un niño vive su posibilidad de redención laboral gracias al misterio de la casa de su nuevo vecino. Ni "Tela de araña", un viaje cargado de premoniciones por la provincia de Argentina de dos primas y el insoportable marido de una de ellas.

Porque cualquier trama es una apertura hacia un mundo de aristas convertido en el verdadero misterio. •



Foto: Luis Mariano González (Getty)

huérfanos. Una de sus mayores cualidades es la creación de estas voces algo burlonas, casi siempre mujeres que narran en primera persona. Un ejemplo. La protagonista de "Nada de carne sobre nosotras" encuentra una calavera en la calle y decide llevársela a casa: "Por respeto decidí bautizarla con el genérico Calavera. Por la noche, cuando mi novio volvió del trabajo, ya era solamente Vera. Él, mi novio, no la vio hasta que se sacó la campera y se sentó en el sillón. Es un hombre muy desatento. Cuando la vio, dio un respingo, pero

Una verdad incómoda

Por Patricio Pron

CÓMIC. "HAY DEMASIADAS NOVELAS miserables, y demasiada miseria. Este libro no es uno de esos", advierte la narradora de *Una entre muchas* a su lector; sin embargo, su historia no puede ser más dura: entre los 10 y los 16 años de edad (es decir, entre 1975 y 1981), la autora, cuya identidad es un misterio, fue víctima de abusos sexuales por parte de tres hombres adultos.

El año 1975 fue (además) en el que se hicieron públicos los primeros asesinatos del que sería llamado "el Destripador de Yorkshire", quien abusó sexualmente de y asesinó a 30 mujeres e hirió gravemente a otras 9 entre ese año y 1981 (la historia será recordada por los lectores de las novelas del Cuarteto de Red Riding de David Peace); investigaciones internas de la policía de ese condado demostraron más tarde que los agentes habían tenido al asesino en sus manos prácticamente desde el comienzo de la investigación,

pero que una serie de errores y prejuicios llevaron a que éste se librara una y otra vez de estar entre los principales sospechosos: la convicción de que el asesino no debía de ser una persona "normal" y de que, al igual que Jack el Destripador (sobre el cual la prensa británica modeló su figura), éste sólo escogía como sus víctimas a prostitutas.

Muy posiblemente, la suposición de que el asesino de Yorkshire "sólo" se interesaba en las meretrices haya traído algo de calma a la traumatizada sociedad civil del condado, pero la inexistencia de pruebas para sostener esa hipótesis y el hecho de que no todas las víctimas ejercían la prostitución constituían, como demuestra la autora, una expresión del gesto incluso más inquietante (y desafortunadamente habitual) de culpar del abuso sexual a la víctima y no al victimario, como si la violencia sexual constituyese un castigo en cierto sentido previsible y supuestamente merecido por el ejercicio de una actividad que, como la prostitución, la sociedad condena, pero a la que recurre con frecuencia. La autora sabe de lo que habla: cuando los abusos de los que había sido objeto se hicieron conocidos, su padre la insultó y sus compañeros de



Una entre muchas
Una
Traducción de Santiago García Astberry
Bilbao, 2016
208 páginas
19 euros

colegio comenzaron a llamarla "guarra" y a apartarse de ella como si los abusos de los que había sido víctima hubiesen sido provocados por ella de algún modo.

"La verdad es horrible, pero", sostiene Una, "debemos aprender de ella (...). Entonces, ¿cuál es la verdad? Tal vez sea algo como esto: la gente ordinaria es capaz de practicar una violencia extraordinaria. Las mujeres y las niñas no son ni vírgenes ni putas. Nada de eso tiene gracia". En otro sitio, la autora afirma: "Los que sobreviven son la prueba viviente y parlante de que los efectos de la violencia sexual son superables", pero la suya no es ni pretende ser una historia de superación, sino más bien el testimonio de lo que fue

crecer bajo la sombra del Destripador de Yorkshire y en un contexto de desempleo masivo, protestas por la pérdida de derechos laborales, violencia pública (IRA) y privada, alcoholismo y violencia doméstica, hipocresía (los increíbles abusos sexuales del presentador televisivo Jimmy Savile corresponden a este período), ineptitud policial y machismo, al que la autora debió sumar el dolor de haber sido víctima de abusos.

Una entre muchas (una solución inteligente de traductor y editores a las dificultades de traducción del título original, *Becoming Unbecoming*) es, pues, un testimonio, pero también una advertencia a los lectores de que la violencia sexual adquiere muchos rostros en nuestra sociedad y que la permea por completo; sus recursos y bibliografía final pueden hacer pensar que se trata de un texto destinado al uso práctico, pero *Una entre muchas* es también un extraordinario *tour de force* en el que su autora recurre a metáforas visuales del abuso y de la culpa de extrema delicadeza (árboles, insectos, vestidos para muñecas de papel, crisálidas) para narrar una verdad incómoda pero que es necesario (de hecho, es muy necesario) que escuchemos. •